

Capítulo 6

Salvados solamente “en Cristo”

“Él me salvará ahora”

El pecador que perece puede decir: “Soy un pecador perdido, pero Cristo vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Él dice: ‘No he venido a llamar a justos, sino a pecadores’ (Mar. 2:17). Soy pecador y Cristo murió en la cruz del Calvario para salvarme. No necesito permanecer un solo momento más sin ser salvado. Él murió y resucitó para mi justificación y me salvará ahora. Acepto el perdón que ha prometido”.—*Mensajes selectos*, t. 1, p. 459.

No puede ser vencido el que se arrepiente de sus pecados y acepta el don de la vida del Hijo de Dios. Aferrándose por fe de la naturaleza divina, llega a ser un hijo de Dios. Ora, cree. Cuando es tentado y probado, demanda el poder que Cristo dio con su muerte, y vence mediante la gracia de Jesús. Esto necesita entender cada pecador. Debe arrepentirse de sus pecados, debe creer en el poder de Cristo, y debe aceptar ese poder que salva y protege del pecado. ¡Cuán agradecidos debiéramos estar por la dádiva del ejemplo de Cristo! —*Ibíd.*, p. 262.

¿Por qué afligirse?

Una vida en Cristo es una vida de reposo. Puede no haber éxtasis de sentimientos, pero habrá una confianza permanente y apacible. Tu esperanza no está en ti; está en Cristo. Tu debilidad está unida a su fortaleza, tu ignorancia a su sabiduría, tu fragilidad a su poder eterno. [...]

No debemos hacer de nuestro yo el centro de nuestro ser, ni dejarnos dominar por la ansiedad y el temor acerca de si seremos salvos o no. Todo esto es lo que desvía al alma de la Fuente de su

fortaleza. Encomienda el cuidado de tu alma a Dios y confía en él. Habla de Jesús y piensa en él. Piérdase tu yo en él. Destierra toda duda; disipa tus temores. Di con el apóstol Pablo: “Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí: la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál. 2:20). Reposa en Dios. Él es capaz para guardar lo que le has confiado. Si te pones en sus manos, él te hará más que vencedor gracias al Ser que te amó.—*El camino a Cristo*, pp. 70-72.

Podemos contar con esto

“El que mediante su propia expiación proveyó para el hombre un caudal infinito de poder moral, no dejará de emplear ese poder en nuestro favor. [...] Todas las fuerzas satánicas no tienen poder para vencer a un alma que, con fe sencilla, se apoya en Cristo”.—*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 121, 122.

“Se ha dispuesto gracia abundante para que el alma creyente pueda ser preservada del pecado”.—*Mensajes selectos*, t. 1, p. 461.

“En él tenemos una ofrenda completa, un sacrificio infinito, un poderoso Salvador, que puede salvar hasta lo último a todos los que vienen a Dios por medio de él. Con amor, viene a revelar al Padre, a reconciliar al hombre con Dios, a hacerlo una nueva criatura, renovada de acuerdo con la imagen de Aquel que lo creó”.—*Ibíd.*, pp. 377, 378.

El problema de Pedro

El mal que provocó la caída de Pedro [de negar a Cristo en su juicio] [...] está ocasionando la ruina de millares. No hay nada que ofenda tanto a Dios, o que sea tan peligroso para el alma humana, como el orgullo y la suficiencia propia. De todos los pecados es el más desesperado, el más incurable.

La caída de Pedro no fue instantánea, sino gradual. La confianza propia lo indujo a creer que estaba salvado, y dio paso tras paso en el camino descendente hasta que pudo negar a su Maestro. Nunca podemos con seguridad poner la confianza en el yo; ni tampoco estando, como nos hallamos, fuera del cielo, hemos de sentir que nos encontramos seguros contra la tentación. Nunca debe enseñarse a los que aceptan al Salvador, aunque sean sinceros en su conversión, a decir o sentir que están salvados.¹

Eso es engañoso. Debe enseñarse a todos a acariciar la esperanza y la fe; pero aun cuando nos entregamos a Cristo y sabemos que él nos acepta, no estamos fuera del alcance de la tentación. La Palabra de Dios declara: “Muchos serán limpios, y emblanquecidos y purificados” (Dan. 12:10). Solamente el que soporta la prueba, “recibirá la corona de vida” (Sant. 1:12).

Los que aceptan a Cristo y dicen en su primera fe: “Soy salvo” están en peligro de confiar en sí mismos. Pierden de vista su propia debilidad y constante necesidad de la fortaleza divina. No están preparados para resistir los ardides de Satanás y, cuando son tentados, muchos, como Pedro, caen en las profundidades del pecado. Se nos amonesta: “Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Cor. 10:12). Nuestra única seguridad está en desconfiar constantemente de nosotros mismos y confiar en Cristo.— *Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 119, 120.

Nunca estés “satisfecho”

Hay muchos que profesan seguir a Cristo, pero que nunca llegan a ser cristianos maduros. Admiten que el hombre está caído, que sus facultades están debilitadas, que es incapaz de hazañas morales; pero añaden que Cristo ha llevado todas las cargas, todos los sufrimientos, toda la abnegación, y que están dispuestos a dejar que él lo lleve todo. Dicen que no hay nada que puedan hacer sino creer; pero dijo Cristo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame” (Mat. 16:24). Jesús guardó los Mandamientos de Dios. [...]

Nunca debemos descansar satisfechos de nuestra condición y cesar de progresar diciendo: “Estoy salvado”. Cuando se fomenta esta idea, cesan de existir los motivos para velar, para orar, para realizar fervientes esfuerzos a fin de avanzar hacia logros más elevados. Ninguna lengua santificada pronunciará esas palabras hasta que venga Cristo y entremos por las puertas de la ciudad de Dios. Entonces, con plena razón, podremos dar gloria a Dios y al Cordero por la liberación eterna. Mientras el hombre esté lleno de debilidades –pues por sí mismo no puede salvar su alma–, nunca debería atreverse a decir: “Soy salvo”.

No puede jactarse de la victoria el que se reviste de la armadura, pues tiene todavía que pelear la batalla y ganar la victoria. El que soporta hasta el fin es el que será salvo.–*Mensajes selectos*, t. 1, pp. 368, 369.

La relación con Cristo: ¿Falsa o verdadera?

En la iglesia hay creyentes e incrédulos. Cristo presenta estas dos clases en su parábola de la vid y sus pámpanos. Exhorta así a quienes le siguen: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:4, 5).

Hay una gran diferencia entre una supuesta unión y una conexión real con Cristo por la fe. Una profesión de fe en la verdad pone a los hombres en la iglesia, pero esto no prueba que tienen una conexión tal con la Vid viviente. Se nos da una regla por la que se puede distinguir al verdadero discípulo de aquellos que aseveran seguir a Cristo, pero no tienen fe en él. Una clase da fruto; la otra no es fructífera. Una está con frecuencia sometida a la podadera de Dios, para que pueda dar más fruto; la otra, como ramas secas, queda pronto separada de la Vid viviente.

[...] Las fibras del sarmiento son casi iguales que las de la vid. La comunicación de la vida, la fuerza y el carácter fructífero del tronco a los sarmientos se mantiene constante y sin obstrucción. La raíz envía su nutrición por el sarmiento. Esta es la relación que sostiene con Cristo el verdadero creyente. Permanece en Cristo y obtiene de él su nutrición.

Es algo personal

Esta relación espiritual puede establecerse únicamente por el ejercicio de la fe personal. Esta fe debe expresar, de nuestra parte, una suprema preferencia, perfecta confianza y entera consagración. Nuestra voluntad debe entregarse completamente a la voluntad divina. Nuestros sentimientos, deseos, intereses y honor deben identificarse con la prosperidad del reino de Cristo y el honor de su causa, recibiendo nosotros constantemente la gracia de él y aceptando Cristo nuestra gratitud.

Cuando se ha formado esta intimidad de conexión y comunión, nuestros pecados son puestos sobre Cristo, su justicia nos es imputada. Él fue hecho pecado por nosotros, para que pudiésemos ser hechos justicia de Dios en él. Tenemos acceso a Dios por él; somos aceptos en el Amado. [...]

Cuando Cristo estaba por abandonar a sus discípulos, les dio el hermoso emblema de su relación con los creyentes. Había estado presentándoles la íntima comunión consigo mismo por la cual podrían mantener la vida espiritual cuando su presencia visible se retrajese. Para grabar la lección en sus mentes, les presentó la vid como el símbolo más llamativo y apropiado de esa comunión. [...]

Todo seguidor de Cristo tiene un interés tan profundo en esta lección como los discípulos que escucharon sus palabras. En su apostasía, el hombre se enajenó de Dios. La separación es grande y temible; pero Cristo ha hecho provisión para unirnos con él una vez más. El poder del mal está tan identificado con la naturaleza humana, que ningún hombre puede vencer, excepto mediante la

unión con Cristo. A través de esta unión recibimos fuerza moral y espiritual. Si tenemos el Espíritu de Cristo, rendiremos el fruto de la justicia, un fruto que será una honra y una bendición para la humanidad y glorificará a Dios.

El Padre es el cuidador de la viña. Con destreza y misericordia poda toda rama que da fruto. Quienes comparten el sufrimiento y el reproche de Cristo ahora, compartirán su gloria en el más allá. Él “no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Heb. 2:12). Sus ángeles ministran en su favor. Su segunda aparición será como Hijo del hombre y, de esta manera, aun en su gloria, se identifica con la humanidad. A los que se han unido a él les dice: “Aunque olvide ella [la madre, al hijo que dio a luz], yo nunca me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros” (Isa. 49:15, 16).

Podando las ramas

Oh, ¡qué maravillosos privilegios se nos otorgan!

¿No nos esforzaremos con todo empeño para formar esta alianza con Cristo, único medio por el cual se pueden obtener estas bendiciones? ¿No nos desprenderemos de nuestros pecados por medio de la justicia, y de nuestras iniquidades volviéndonos al Señor? El escepticismo y la deslealtad se han difundido por todas partes. Cristo preguntó: “Cuando el Hijo del hombre venga, ¿hallará fe en la tierra?” La permanencia de nuestra fe es la condición de nuestra unión.

La unión con Cristo mediante una fe viviente es duradera; toda otra unión perecerá. Cristo nos escogió primero, pagando un precio infinito por nuestra redención; y el verdadero creyente escoge a Cristo como el primero, el último y el mejor en todo; pero esta unión tiene su precio. El ser orgulloso entra en una unión de dependencia total. Todos los que entran en esta unión han de sentir su necesidad de la sangre expiatoria de Cristo. Han de experimentar un cambio de corazón. Han de someter su voluntad a la voluntad de Dios. Se

llevará a cabo una obra dolorosa de desprendimiento tanto como de acercamiento. El orgullo, el egoísmo, la vanidad, la mundanalidad – el pecado en todas sus formas– han de vencerse si hemos de entrar en unión con Cristo. La razón por la que muchos encuentran la vida cristiana tan lamentablemente dura, y por la que son tan inconstantes y variables, es que procuran vincularse a sí mismos con Cristo sin haberse primero desprendido de sus ídolos acariciados.

Después que se ha formado la unión con Cristo, se ha de preservar solamente mediante la oración constante y el esfuerzo incansable. Hemos de resistir, negar y conquistar el yo. Por la gracia de Cristo, por medio del valor, la fe y la vigilancia, podremos ganar la victoria. –*Testimonios*, t. 5, pp. 211-214.

1 Es privilegio del cristiano saber que, al momento de aceptar a Cristo, es salvo de sus pecados y puede regocijarse en esta salvación. Pero ni las Escrituras ni los escritos del Espíritu de Profecía apoyan la creencia popular: “Una vez salvo, para siempre salvo”. Una persona puede ser salva hoy, pero al dejar de fijar la vista en Jesús y de crecer diariamente en él, puede volverse seguro de sí mismo y perderse mañana. El apóstol Pablo declaró: “Cada día muero”. En cierto sentido, la conversión es una experiencia diaria.

Estudie cuidadosamente la advertencia extraída de la lección de la vida de Pedro. Lea esto en todo su contexto y en conjunción con la declaración similar siguiente. Encontrará que el desconcertante pasaje se explica a sí mismo. Nuestro Señor hará que cada cristiano se regocije gratuitamente en su salvación, la salvación que disfruta diariamente. Y cuando se le pregunte: “¿Eres salvo?”, podrá responder afirmativamente con seguridad. Explicará que esta experiencia da como resultado una dependencia constante de Dios y un crecimiento cristiano constante.–*Fideicomisarios del Patrimonio White*.